



Las colecciones del Museo:

historias por contar

CECILIA BÁKULA*

* Directora del Museo del BCRP.

En el segundo piso del Museo del Banco, en la Pinacoteca, habita “Mariacha”. Al verla, se puede percibir la belleza del personaje, la intimidad de la expresión, la calidez del rostro. Hoy, con humilde naturalidad y pleno derecho, “Mariacha”, pintura de Ricardo Flórez, se ha convertido en la reina. Descubra en las siguientes líneas, su historia, una historia marcada por el amor, sentimiento que inspira a los artistas y a quienes con dedicación y profesionalismo cuidan las colecciones de nuestro Museo.

La gestión y administración de un museo debe ser entendida como una labor técnica y profesional, pero es evidente que se trata también de un compromiso vivencial con la responsabilidad que se asume y con los bienes que se custodia.

Cuando se toma conciencia que se tiene la responsabilidad y el privilegio de acceder a la memoria de los pueblos, de transitar con aquellos por la historia de sus autores y de acercarse por ellos a la comprensión de otros tiempos, la labor se enriquece y lo técnico y profesional, se hermana con lo humano. Es decir, quien trabaja en relación con bienes de patrimonio cultural, adquiere sin saberlo, muchas veces, una calidad de agente espiritual para con esa riqueza a veces intangible, que motiva el compromiso, la entrega, la ilusión y el orgullo.

Se trabaja con bienes que resumen, narran y conservan la esencia de hombres, es decir, los objetos superan prontamente la calidad de “cosas” para adquirir la jerarquía de “testimonio” y por ello reclaman cuidado, respeto, difusión.

Como tal, el Museo del Banco Central de Reserva del Perú, al igual que otros, posee en lo material, tanto el continente (el edificio o edificios) y el contenido (conjunto de bienes materiales), y en lo humano, el personal para su funcionamiento. Esos tres elementos constituyen la unión perfecta para que el Museo en sí, sea una realidad y esté en capacidad y condiciones de cumplir sus funciones naturales.

Al margen de estas consideraciones, resulta del todo relevante señalar que, como en una familia, existe una historia interna que por razones de intimidad, decoro, seguridad, discreción y/o expresa voluntad, no trasciende los muros del “continente” pero sí enriquece la memoria particularísima de quienes participan en ella. Son parte de la vivencia de los individuos con su entorno y, en este caso, de la historia con nosotros mismos.

Quien visita un museo desconoce, por lo general, lo que sucede “tras bambalinas”. Con esto quiero señalar con pleno convencimiento, que la palabra familia, con todo su complejo sentido, la uso de manera expresa porque se replica en las instituciones y, de manera especial, en aquellas asociadas a la gestión y manejo de bienes de patrimonio cultural.

Lo anterior pretende adentrar a mi paciente lector

en algunos pasajes de la historia interna de este Museo que, por curiosas razones del destino, sigue funcionando (y bien a decir, a la luz de los hechos...!!!) con sus originales “fundadores”, es decir, que institución y personas, hemos nacido, crecido, gateado, caminado y adquirido madurez y mayoría de edad, pero lo hemos hecho juntos; juntos en los errores y en los éxitos, juntos en las alegrías y las frustraciones, juntos en los secretos, juntos en la vida compartida. La próxima generación, ya no tendrá este privilegio y sólo podrá conocer la historia “íntima”, en tanto la transmitamos y es que la historia es así... los hechos suceden, pero sólo “existen” en tanto y cuanto los llegamos a conocer.

Así, vamos a develar ahora algunos pasajes relacionados a esta historia “íntima”, a esa historia de familia. Respecto a los objetos de patrimonio cultural, es común decir que adquieren categoría de “hijos” y de ahí la lógica de la palabra familia. A los vástagos se les conoce, identifica, cuida, protege, inscribe, mejora, conserva y acompaña hasta que, como en la vida real, son ellos los que perduran cuando los padres parten.

En el Museo del Banco Central de Reserva la historia privada es muy rica y se conserva como un gran tesoro espiritual. Los objetos son mucho más que eso, son testimonio, parte de nuestra vida diaria, objeto de nuestras preferencias, motivo de cuidado y, por qué no decirlo, de algunos motes y apodos “cariñosos” que lejos de propiciar irreverencia, los convierten en receptores de especial cariño.

Un caso muy especial y casi emblemático es el cuadro del artista Ricardo E. Flórez, titulado “ahora” como “Mariacha”. Hermoso exponente de la calidad plástica y del puntillismo perfeccionista de Flórez, de su preferente opción por los temas de la vida diaria en el campo, de su admirable manejo de la luminosidad del cielo andino y de la mirada cálida con que supo apreciar el paisaje huanuqueño en donde decidió radicar.

La “Mariacha” adquirió rápidamente entre nosotros categoría de reina y soberana. Y es que la prestancia del personaje, el trabajo del artista y las emociones que el cuadro despiertan, se ganaron ese sitio. Hasta el momento de su llegada a la colección, habíamos tenido como emblema o símbolo de la colección pictó-



[1]



[2]



[3]

[3] **ÓLEOS.** Pinturas de diversas corrientes se exhiben en el Museo del Banco.

[4] **MARIACHA.** El cuadro se ha convertido en uno de los símbolos del Museo



[4]

[1] **MUESTRA.** El ingreso a la Pinacoteca, donde se recibe cientos de turistas extranjeros, además de público nacional.

[2] **LA PINACOTECA.** Aloja cuadros de maravillosa factura.

rica del Museo, otro extraordinario cuadro: una obra excelente de Jorge Vinatea Reynoso que refleja la belleza del lago Titicaca y la fuerza del hombre de sus riberas. Pero, sin desmerecer calidad ni juzgar la temática, la “Mariacha”, con humilde naturalidad y pleno derecho, llegó para reinar.

Yo había visto ese cuadro años atrás y desde entonces, me motivó mucho conocer más del autor, acercarme a la obra de Flórez e intentar, quizá, enriquecer la ya valiosa colección de obras suyas que el Museo tenía. El día a día y el hecho de que la “familia y los hijos” crecían y aumentaban en el Museo, esa búsqueda quedó postergada. Sin embargo, si yo creyera en el destino, debería decir que “estaba trazado”, pero como no creo en él, debo señalar que supimos aprovechar las circunstancias que se fueron presentando.

Fue hacia fines de 1984 cuando supimos del interés de la Superintendencia de Banca y Seguros, por entregar al BCR la custodia temporal de un conjunto de 73 obras de arte de propiedad del Banco de la Industria de la Construcción en liquidación. Contando con las autorizaciones del caso y tras cumplir las gestiones administrativas, el 17 de diciembre se procedió a la recepción de ese patrimonio que nos comprometíamos a custodiar más no a exhibir.

Y en esa ocasión ingresó también “nuestro cuadro”, titulado entonces “Mujer de falda azul”. Esa primavera fue breve pues en julio de 1985, una ma-

niobra, por decir lo menos, obligó al BCR a entregar la totalidad de esos cuadros, antes de que pudiéramos intentar la adquisición tal como estaba en nuestros planes inmediatos. Debo señalar que la pena fue grande, pero aún no habíamos desarrollado lazos entrañables con esas obras ya que sabíamos desde un inicio que estaban sólo de paso. Era la ilusión oculta la que nos hacía desear su permanencia y no fueron pocas las gestiones intentadas.

Ya para 1992 el Museo se había consolidado y empezaba a ser un sólido referente en el medio; aumentaba el público visitante, se nos mencionaba, se iniciaron las donaciones y el manejo de las colecciones iba haciéndose cada vez más técnico, más profesional y ello iba quedando reflejado en la imagen que el Museo difundía. Ese año asumimos la responsabilidad de la presencia cultural peruana en la Feria Universal de Sevilla que conmemoraba nada menos que los 500 años de la presencia española en nuestras tierras y empezaban a sentirse vientos de fronda en el país. Sin embargo, fue entonces cuando empezó a gestarse la oportunidad que sin imaginarla siquiera, nos acercaría a “el cuadro”... Se puso en venta la colección pictórica del Banco de la Industria de la Construcción en liquidación, e iniciamos los pasos para poder adquirirla.

Debo reconocer que mi entusiasmo grande se enfrentó a la experiencia y sensatez de entrañables personas como Pedro Arnillas y Mario Tovar. Ellos, si bien estaban de acuerdo con mis deseos, manifestaron claramente que una simple compra no nos daba suficiente respaldo y que podría revertirse dicha adquisición.

Otros meses de larga espera hasta que se produjo el milagro. Los liquidadores convocaron a una Subasta Pública y, el Directorio del BCR concedió autorización para participar en la Subasta, la misma que tuvo lugar el 21 de abril de 1994.

¡Noche memorable! El BCR lograba consolidar una acreencia con el BIC (L) y adquirirla para el Museo, algunas de las más importantes obras con que contamos hoy en día. Esa misma noche se procedió al traslado de las obras subastadas y así hizo su ingreso la tan ansiada “Mujer de falda azul”, adquirida con emoción y en un valor que, por su importancia, calidad y significado, podríamos haber denominado como simbólico.

El cuadro se integró de inmediato a la exposición y sin que nos pudiéramos percatar, empezó a captar nuestra atención y la de todos los visitantes. Era y sigue siendo una parada indispensable en el recorrido por la pinacoteca. Quizá la belleza del personaje, la intimidad de la expresión, la calidez del rostro, la perfección de la composición, o todo ello junto, motivaron que la eligiéramos como la “obra símbolo” del Museo y así se ha mantenido hasta ahora, inmutable, perfecta.

Pero ese cuadro nos reservaba aún algunas sorpresas. Ya sabíamos de su autor, de otras obras su-

MUSEO. Hermosa puerta de bronce da la bienvenida al público.



yas que estaban desde antes en la colección. Pero en realidad, ¡sabíamos tan poco! Un día que casi puedo reconstruir en su totalidad, nos visitó la señora Isabel Flórez, quien se identificó como la hija de Ricardo Flórez y refirió venir de Huánuco para mostrarnos algunas obras de su padre que quería ofrecernos en venta. ¡Qué mujer encantadora, cálida y cordial!

Fue difícil decirle que no podíamos adquirir las obras que nos ofrecía en ese momento y, como justificación -muy mala, sin duda- le expliqué que la colección tenía más de cuatro obras de importante formato y la invité a verlas en la pinacoteca. En un momento, percibí en su rostro una honda turbación y vi que sus ojos iban adquiriendo el brillo de una emoción imposible de contener. Quedó como paralizada ante el retrato de “Mujer de falda azul” y casi sin poder hablar me dijo ¡”Es mi madre”!, y a ella, mi papá la llamaba “Mariacha”.

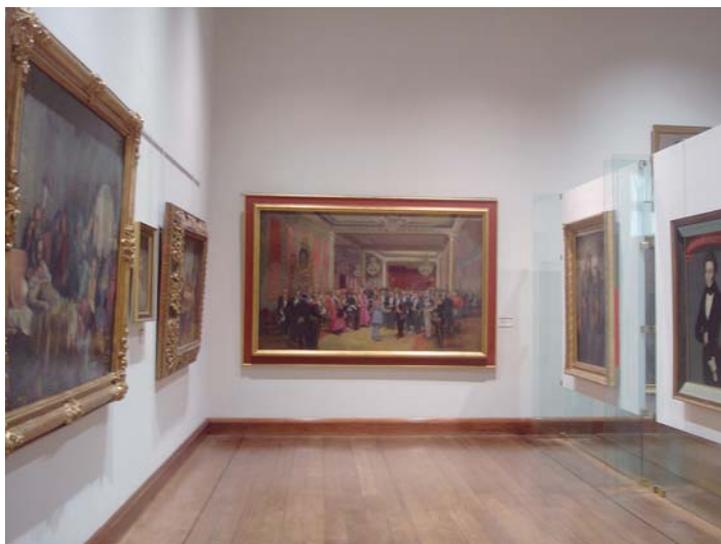
Como por arte de magia aumentó la empatía y tuve el privilegio de conocer, de primera fuente, la historia maravillosa de esa obra, la historia que la enriquece y completa. Isabel me contó que su padre, estudiante de medicina, tuvo desde joven gran afición por la pintura y que día tras día, luego de la labor hospitalaria, iba a la Escuela de Bellas Artes.

En uno de esos recorridos por Barrios Altos, en una Lima pequeña, tranquila y dominada aún por los peatones, él conoció a una jovencita, casi una adolescente, que de inmediato le cautivó enamorándose realmente a primera vista. Ricardo Flórez era entonces un señor que frisaba los 30 años y sin más, le propuso matrimonio, casi sin saber quién era esa niña. No es difícil imaginar lo que debió haber sucedido entonces. Ella, que había venido a conocer Lima y a visitar a su familia, debió ser reprendida, obligada a no salir, conminada a no hablar con extraños y mucho menos si se trataba de “un señor mayor”.

Ricardo, ya médico y con una brillante carrera por delante desestimó el valor de todo y decidió buscarla. Ya ella no se encontraba en la capital y fueron inútiles los intentos por conocer su paradero, por hablar con algún familiar, por dar a conocer sus serias intenciones, por expresar sus sentimientos. Momentos de profunda tristeza y soledad lo embargaban hasta que logró saber que la familia era de Huánuco, que se apellidaba Velásquez y hacia ellos emprendió el camino. Una sola motivación: encontrarla.

Con el alma repleta de dudas, ansiedad y los nervios tensados, fue necesario indagar, preguntar sabiendo que la información con la que contaba era realmente deficiente. Pero la tenacidad del amor y el atrevimiento de las emociones, lo llevaron a To-maiquichua, un paraíso cálido y fértil cerca de la ciudad de Huánuco y allí estaba ella.

El resto, si bien es historia, ya es parte del terreno



AMBIENTES.

(Arriba) Varios cuadros con motivos históricos. (Abajo) Antigua ventanilla de atención al público, usadas cuando en el local funcionaba el Banco de Reserva.

de la intimidad, ya no de la obra, sino de los protagonistas.

Ricardo dejó todo pero conquistó a María y, nuestro cuadro, fue pintado con la perfección que sólo el amor inspira. Es el retrato de la mujer amada, cuando tenía sólo 17 años y estaba embarazada precisamente de Isabel. Fue ella la que nos comentó que el verdadero nombre de esa obra de arte era “Mariacha” y, en honor a lo que el nombre significa, no dudamos en cambiarle el título para hacer justicia.

Así, como en el caso de “Mariacha”, cada obra tiene su propia historia y por ello, quienes nos relacionamos con los objetos y sus intimidades, sabemos que no sólo custodiamos bienes materiales, sino sin lugar a dudas, la memoria de todo un pueblo.